Carta de un adiós

B. Gratacós

Image not found.

Capítulo 1

Querido:

Creo que ya es hora de aceptar que nuestra historia ni fue ni estuvo destinada a ser. Estos juegos en los que nos acercábamos para luego alejarnos, en los que pasabas de frío a caliente en tan solo unas horas, dejó de ser divertido hace ya mucho tiempo. Siento como si hubiera estado jugando a un juego en permanente desventaja al desconocer sus reglas. Como si el mundo solo girara cuando tú dieras la orden, y mientras tanto, le tocara esperar. No sé a quien he insultado más en mi cabeza, si a ti o a mi misma. Supongo que ambos tenemos nuestra parte de culpa.

Eres un genio en el arte de tirar la piedra y esconder la mano, en el arte de hablar y retroceder. Y así me tienes, comiendo de tu mano a la espera de la siguiente migaja de tu atención. No dudo de que yo tenga parte de culpa, pero me vas a permitir hablar y desahogarme en esta ocasión. Te toca ser el malo de la película, al menos durante las líneas que dure esta carta.

Son muchos años ya. Es increíble como pasa el tiempo. Es increíble cuanto tiempo he estado atada a ti y a tus cambios de humor, a ti y a tus conversaciones hasta altas horas de la madrugada tras las cuales fingías que no había pasado nada. Cada vez que lo pienso, me siento más idiota. Recuerdo lo que me decía la gente de mi alrededor al ver la triste historia "Te estás atando a un imposible, y mientras tanto la vida te sigue ofreciendo oportunidades que tú rechazas". Creo que no he sido realmente consciente de eso hasta ahora.

Las evidencias y los avisos no me faltaron. Ingenua de mí, pensé que mi caso sería diferente. Que yo era importante. Que absurdo todo, ¿verdad? Y ahora, cuando la vida me está gritando en la cara que ya es hora, es cuando parece que empiezo a despertar y a reaccionar. Es ahora cuando reúno todas las advertencias que el camino ha ido dejando y no puedo más que reírme amargamente de mí misma. Estaban ahí todo este tiempo.

Una vez más, retrocedo al ritmo que tú marcas. Una vez más, me empujas lejos. Y una vez más te obedezco, bailando al son que marcas. No obstante, esta vez se siente más definitiva. No sé si es porque la paciencia se me está agotando a marchas forzadas o porque esta vez has decidido tú dejar el juego y, como todos saben, el mundo se ha de plegar a tus deseos.

Creo que si recibieras esta carta, estarías a partes iguales fascinado y agobiado. Creo que la parte de ti que ha jugado, que existe y es grande, se regodearía de esto. Pero la otra parte, la formal, la que tiene una

pareja real con la que comparte una vida, se agobiaría. Probablemente esa última parte pensaría en toda nuestra historia, presto a abanderar su inocencia y a acusar a la joven enamoradiza. No tendrás la oportunidad de defender tu inocencia, me temo. Esta carta no va a llegar a tus manos, y no necesito que me cuenten cuentos.

El mismo duro juicio al que me someto yo misma, te estoy sometiendo a ti. Es una pena que ambos salgamos perdiendo. La inocencia hace mucho que se descartó en esta historia. Ahora, tan solo queda amargura, una que reconozco en cada una de estas letras.

No voy a pedir perdón por estos sentimientos. No fui yo quien lo empezó. Y a pesar de que eso parece el argumento de un niño, me aferro a ese pensamiento cuando todo me abruma demasiado. No fui yo quien buscó al otro. No fui yo quien inició las conversaciones. No fui yo la que tiene una pareja a la que realmente no quiere y está con ella por costumbre. Así que no voy a pedir perdón. Como mucho, me tengo que perdonar a mi misma por no haberme querido lo suficiente para alejarme de una relación tóxica.

En mis momentos de debilidad, normalmente durante las noches en soledad, repaso mentalmente las conversaciones que tuvimos. Recuerdo instantes, comentarios. Recuerdo la felicidad. Resulta agradable por segundos. Pero entonces la realidad se impone y esos recuerdos empiezan a quemar. Me revuelvo entonces, inquieta en mi propia piel. Pero no hay ningún lugar al que huir, porque el problema está dentro de mí.

He renunciado a contactarte. He renunciado a suplicar por tu atención. Al menos, es de lo que me estoy intentando convencer. He renunciado a luchar por algo que ni fue ni estuvo destinado a ser.

Ahora, cuando hemos llegado a lo que parece el final de esta historia, me debato entre la ira y la añoranza. Espero que algún día lleguen la aceptación y la calma. Espero poder dejar de echarte de menos. Espero poder encontrar a alguien con quien no sienta que estoy dos pasos por detrás.

Tan solo espero, como siempre he hecho.